

Karine Bernal Lobo

EL PERFUME DEL REY



KARINE BERNAL LOBO

EL PERFUME DEL REY

Entre el poder y el amor
hay una línea peligrosa

ILUSTRACIONES DE
Álvaro Cardozo

 Planeta



1

MISHNOCK

HELIA 7, ESTADO TEMPORAL 5, AÑO 2



—¿Emily, me estás prestando atención? —cuestiona Rose, chasqueando los dedos frente a mis ojos cafés.

La piel morena de quien ha sido mi mejor amiga desde la infancia reluce bajo la luz de la habitación y su melena caoba se mueve de lado a lado mientras me reclama.

—Lo hago —miento. Desconozco lo que ha dicho en los últimos diez minutos.

—Entonces, ¿me acompañarás? —Su voz está llena de entusiasmo.

—¿A dónde?

—¿Ves que no me escuchas? —se queja—. El joven que me gusta pidió vernos y, bueno, no es posible hacerlo de día, así que acordamos reunirnos en la noche y necesito que me acompañes. ¿Las diez estaría bien para ti?

—¿Crees que Erick Malhore va a dejarme salir a esa hora? Además, ¿por qué no puedes verte con él de día? ¿Qué esconde?

—Te prometo que te lo contaré todo si me acompañas. Hazlo por tu amiga de años, la persona que más te quiere en la vida —ruega, haciendo brillar el marrón de sus ojos—. Sé que tu padre no va a dejarte ir, así que tendrás que escaparte. Eso es lo que yo haré, porque mi madre tampoco me lo permitirá.



—No lo sé, Rose Alfort. —Desvió la mirada con duda hacia la lámpara que hay en mi mesa de noche, buscando una respuesta en la luz amarilla que parece crear un cálido atardecer cuando se refleja en las paredes claras de mi habitación.

—Es el amor de mi vida. Debes ayudarme a que no se escabulla.

—Has tenido más de mil amores de tu vida.

—Este es el verdadero, lo juro. Es un militar de Mishnock. ¿Quién soy yo para resistirme a ese uniforme azul y vino? —insiste esperanzada—. Míralo como un favor a la nación. Yo hago feliz a un soldado y él va motivado a pelear en la guerra.

Camina hacia mi armario, que está a punto de reventar debido al sinfín de vestidos que contiene, abre las puertas y toma algunos trajes, muchos, de diversos colores y formas. Se para frente al espejo de aquel tocador lleno de ornamentos y empieza a probarse uno tras otro.

—Necesito que me prestes uno. Tus padres pueden comprarte mejores vestidos que los míos y en verdad quiero deslumbrar a mi futuro esposo.

—¿Cómo que futuro esposo?

—Hay que profetizarlo; si lo creo, se cumplirá. Por cierto, mira —dice, se vuelve hacia mí y extiende un papel—, lo conseguí fuera de las oficinas del periódico. Es la lista de los mejores solteros de Palkareth.

Paso la mirada por el papel con los nombres de los hombres y sus edades. Rose tiene una ligera obsesión por capturar a uno de ellos y se esmera por estar presente en todas las fiestas en las que pueda encontrar uno.

—El príncipe Stefan es el primero, aunque, bueno, está fuera de mi rango. Demasiado inalcanzable como para intentarlo —menciona.

Hasta donde Rose me ha contado, nunca lo ha visto en los eventos, es un misterio con corona. Y a aquellos bailes monárquicos a los que él sí asiste a ella jamás la invitarían. Si han de otorgarme la suerte de alguien, ruego que no sea la de mi amiga.



—No conozco a ninguno de esta lista —confieso después de leer.

—Es porque no tenemos ningún título. No pertenecemos a las altas casas de la nación, pero ahí está el hombre con el que voy a verme mañana.

—¿Es un noble? —pregunto confundida—. Recuerdo haber escuchado que se trataba de un militar.

—Sí, lo es. Unirse a la armada le otorgó su título y él ahora me lo dará a mí.

Unos toques en la puerta nos sobresaltan. Escondo la lista detrás de mi espalda como si se tratara de un vergonzoso asunto del que nadie se debe enterar y finjo normalidad frente a Mia, mi hermana menor, que se apoya en el marco, observándonos con el hastío de quien es obligado a servir como mensajero.

—Papá te espera abajo. Necesita hablar contigo y con Liz.

—¿Podrías saludar a Rose? —la reprendo.

—Ya lo hice, incluso me enseñó la lista de los solteros. Ahora baja, que te están esperando.

Dejo a mi amiga en la habitación y voy tras el llamado. Al bajar las escaleras encuentro a mis padres y a mi hermana mayor en el comedor, rodeados de un silencio sepulcral que me alarma.

—¿Algo anda mal? —cuestiono ante la urgencia del encuentro.

—Todo lo contrario —sostiene mamá con la emoción de quien ha ganado un premio—. Mañana será un día atareado para los Malhore. Tendremos una cena muy importante.

¿Cena? ¿Se interpondrá en mis planes con Rose?

—¿Hasta qué hora?

—¿No te interesa saber con quién? Creo que eso es más relevante.

—Tienes razón, lo siento —me disculpo y tomo mi lugar en la mesa, nerviosa.

—Inversionistas —interviene mi padre—. Vienen desde Lacrontte, pues hasta allá ha llegado la buena fama de nuestros perfumes.

—Increíble. Lo que todavía no entiendo es qué tenemos que ver Liz y yo en esto —indago al notar que ella ha permanecido en silencio.



—Es probable que alguno de ellos esté interesado en nosotras —explica ella finalmente—. No es una cena de negocios, sino de relaciones. Nadie vendría desde tan lejos solo para ayudar a un negocio del reino enemigo.

Mi atención se vuelve hacia mi padre en busca de una respuesta.

—Es una deducción. No deben alarmarse; jamás las obligaría a hacer algo que no quisieran.

—No quiero casarme —alego asustada. Aunque estoy segura de que aceptaría si mis padres me lo pidieran, porque haría cualquier cosa por ellos. Quiero que siempre me vean como una ayuda, nunca como una carga.

—Aquí nadie va a casarse —me asegura—. Los recibiremos y veremos qué necesitan, si vienen exclusivamente por negocios o por algo más. Y si llegaran a decirme que invertirán a cambio de la mano de una de ustedes, diré que no. No las voy a vender a nadie por unos tritens.

—Aun así, es nuestro deber ponerlas al tanto para que no se lleven una sorpresa —aclara mamá—. Ustedes son las únicas en edad de casamiento. No lo digo solo por ser su madre, pero las dos son hermosas.

—¿Eso es todo? ¿Ya puedo retirarme? —pregunto con un nudo en la garganta. Me angustia imaginar un matrimonio por conveniencia con alguien a quien no conozco y, por ende, no amo. Para mi suerte, papá asiente.

Corro escaleras arriba, chocándome con Mia en el camino. Su cabello oscuro cae en mi torso, mientras los ojos cafés distintivos de todos los Malhore me observan con curiosidad.

—¿Liz y tú van a casarse? —cuestiona con algo de aflicción.

La tomo de la mano y la llevo hasta mi habitación, donde Rose ya tiene puesto uno de mis vestidos. En el interior, las cortinas ondean como pequeños fantasmas flotantes por la brisa de la noche que se cuela por la ventana, agregando más tensión al ambiente lleno de zozobra. Corro hasta el marco y cierro el cristal temblorosa y con la respiración sofocada por el raudal de ideas fatalistas que cruzan por mi mente.



—Respóndeme —insiste.

—¡Claro que no! Papá dijo que no nos comprometería por dinero.

—¿Vas a casarte? —pregunta mi amiga.

—¿Acaso nunca se va a terminar este tema? ¡Dije que no! —reitero exasperada—. Mi papá no nos haría eso.

—Quizás sí sea nuestro deber aceptar. —Liz irrumpe en mi alcoba con una expresión neutra en su rostro, pero la conozco, sé que está escondiendo el mismo temor que siento en este momento—. Las cosas no marchan del todo bien en la perfumería desde que se intensificó la guerra contra Lacrontte.

—¿Acaso no vendemos? No he escuchado a mis padres quejarse.

—Lo hacemos, nos mantenemos a flote; sin embargo, eso no asegura que sea así para siempre. ¿Has visto las noticias? La frontera cada vez está más golpeada, el ejército de Lacrontte nos sobrepasa en número y sé que en poco tiempo ya nadie estará interesado en comprar perfumes, les importará más abastecerse de comida ante la amenaza de un nuevo ataque.

—No quiero quedarme sola —habla Mia.

—Debes entender que, como tus hermanas mayores, debemos ayudar a nuestros padres, y un compromiso supondría un alivio para ellos. Tendrían una hija menos de la cual encargarse.

—Ustedes solamente son tres —interviene Rose—. Además, están económicamente muy por encima del promedio de los plebeyos. Ya quisiera tener la mitad de las cosas que ustedes tienen. Pueden permitirse vestidos hechos a mano, y Emily incluso tiene pendientes de plata.

—Y los tendrá que vender si la situación del reino continúa así —dice Liz.

—Después de mis tutorías puedo buscar trabajo —contesto—. Eso no afectará la perfumería porque ustedes seguirán ayudando a mis padres.

—Yo también puedo conseguir uno y le daré la mitad de mi sueldo a Emily —apoya mi amiga—. Bueno, quizás el treinta por ciento.



—Emily, si alguno nos propone matrimonio, es necesario que estemos abiertas a aceptar el compromiso. Espero ser yo para que tú puedas seguir con cualquiera que sea tu sueño.

Liz sale de la habitación, llevándose a Mia después de ponerme una soga en el cuello, porque si de algo estoy segura es de que no quiero casarme con nadie a quien no ame.

—No te preocupes, podemos vender cosas en el mercado. Mis padres y yo siempre compramos objetos en tiendas de segunda mano, así que podríamos llevar algo que no uses y recaudar dinero —sugiere Rose, intentando reconfortarme—. Esto va a sonar fuera de lugar y un poco egoísta, pero... ¿sí me acompañarás mañana a reunirme con el amor de mi vida?

—Bien. Mañana a las diez de la noche —cedo desganada—. Ojalá no nos arrepintamos de esto.

Quiero convencerme de que estoy haciendo algo bueno al ir con ella y solo concentrarme en eso. Aunque lo cierto es que la posibilidad de terminar comprometida con alguien del reino Lacrontte no me abandona. Ellos son el enemigo, todo lo que me enseñaron a temer y ahora los tendré en frente como a futuros aliados, mientras ruego en silencio que ninguno haga una propuesta que me arranque de mi hogar. La última cosa que deseo es convertirme en una súbdita del impiadoso rey Magnus.



2

—Ese perfume, majestad, contiene las notas florales que usted solicitó en nuestra última reunión —explica papá a la reina, quien nos observa en silencio desde lo alto de su trono—. Lo que sostiene en sus manos es el resultado de muchas pruebas.

Hoy nos encontramos en el palacio real en la presentación semestral de perfumes para los reyes; les enseñamos las nuevas creaciones basadas en sus gustos y exigencias. Afortunadamente, papá es un gran vendedor, tiene el don de la palabra, algo con lo que no cuento, y por eso mi función aquí se limita a sostener y entregar los objetos que me pida, mientras él se encarga de ayudar a los reyes con su elección.

—Creo que a Silas le gustará este —dice la reina y agita con delicadeza el frasco con líquido blanquecino antes de ponérselo en el dorso de la muñeca, cuidando que ninguna gota caiga sobre su traje ocre.

Siempre he admirado la presencia de la reina Genevive. Tiene el aire angelical que le falta a su esposo, quizás es por su estructura ósea tan fina, por la singular manera con la que se mueve como si fuera un diente de león al viento o por la suavidad de su tono al hablar. Todavía sigo intentando descubrir el enigma que representa.

—Sí, sin duda este es el elegido —sonríe satisfecha, dándoles entrada a las delgadas arrugas que le decoran los ojos avellana.



Papá no se esmera en ocultar su emoción, y no es reprochable, pues tenerlos como clientes es una de las mayores razones por las que nuestra perfumería tiene tanto prestigio en el reino.

—Lamento que Silas y Stefan no hayan podido estar presentes, pero estoy segura de que tomé la decisión correcta en cuanto a sus fragancias. Y, señor Malhore, reitero que para nosotros es un placer que sea usted nuestro perfumista de confianza. Cuando salga al pasillo un guardia les dará su pago.

Comienzo a guardar los perfumes no seleccionados en el malecón de papá con cuidado para que no se quiebren y se unan a la mezcla pesada de distintos aromas en la que se ha convertido el aire de la sala del trono, ya que ni siquiera la brisa que entra por los inmensos ventanales ha sido capaz de disipar las esencias. Desde madera y cítricos hasta sándalo y miel se han adueñado de las columnas decoradas con el escudo del reino, dejando en el olvido aquel olor a pino que cubría el pulido suelo de mármol.

—Espero que pueda hacerle llegar mi saludo al rey —se despide mi padre con una reverencia.

—Cuenta con ello, señor Malhore, con la condición de que igualmente le haga llegar mis afectos a su esposa. Señorita Malhore, gracias también por venir. La última vez que la vi era solo una niña, y mírese ahora, es toda una jovencita hermosa. ¿Está usted casada o prometida?

—No, majestad, todavía no he entrado en el ámbito casamentero.

—Y confío en que tampoco lo haga pronto. —Escucho el susurro de papá.

* * *

Caminamos ahora por las calles de Palkareth, dejando atrás la opulencia de la casa real, sus altos muros cargados con los retratos de los antiguos reyes de Mishnock, cada uno con mirada pesada, apesadumbrada, como quien ha vivido tormentosos momentos que jamás lo abandonan. Lucen barbas espesas que me hacen preguntarme si



debajo hubo alguna vez una sonrisa, y una vistosa corona de rubíes, la misma en cada retrato que pasa de monarca en monarca hasta llegar a los implacables ojos de flamas azules del rey Silas Denavritz, que parecen seguirme a medida que camino por el palacio.

—Recaudación de impuestos —informa papá con algo de desaprobatión, devolviéndome a la realidad.

Dirijo mi atención hacia el frente, donde veo un grupo numeroso de guardias marchar de manera sincronizada, formando una línea fina por las calles. El uniforme azul y vino se asemeja al mar teñido de sangre. Es inquietante a la vista, más por las armas que cuelgan de sus hombros. Avanzamos hasta la plaza donde las filas se extienden vías abajo, claramente divididas por clase social, pues los plebeyos no podemos mezclarnos con los grandes señores y damas de la nación. Todos ya sostienen en sus manos una pequeña bolsa color vino con los tritens indicados por ley según su función dentro del reino. Los desempleados de Mishnock deben contribuir a la monarquía por el simple hecho de habitar la nación; sin embargo, ellos son a los que peor tratan, pues mientras menos impuestos paguen, menos valen. Los obreros y sirvientes que trabajan en casas de título nobiliario van en una sola fila, junto a los trabajadores de las plazas de mercado, los campesinos, los herreros y los de oficios similares. Los guardias, militares, cocineros, doncellas y cualquier otra persona que sirva en el palacio o el reino pagan los impuestos más bajos de la nación, pues los redimen con su trabajo. Los joyeros, perfumistas, orfebres, floristas, músicos, tutores, sastres y de profesiones que requieren una educación especializada deben organizarse en otras filas. Y es aquí donde me deja mi papá mientras va a la oficina de correos a enviarle el dinero de los impuestos a mi abuela.

El sitio comienza a llenarse de personas. Todos bajo el estridente sol de Palkareth, a diferencia de las filas de los condes, vizcondes, barones y señores, que están bajo unas gruesas carpas que los protegen de los violentos rayos. Los duques y marqueses ni siquiera deben salir de sus casas, ya que los recaudadores van hasta allá.



Suenan las trompetas y los guardias reales llenan el lugar, avisando la presencia de alguno de los monarcas.

—Una reverencia para su alteza, el príncipe Stefan Denavritz Pantresh.

La multitud hace lo pedido. Inclinan su cuerpo ante el heredero hasta casi chocar unos con otros debido a la cercanía.

—Pueblo de Mishnock —comienza el príncipe sobre un escenario improvisado—, gracias a ustedes y a sus puntuales aportes nuestra frontera seguirá segura, los soldados recibirán el pago que merecen por su heroica función y podremos costear mejores armas.

Papá llega a mí por la derecha y toma mi lugar en la fila, llenando una bolsa con los tritens correspondientes. Avanzamos lentamente, pues todos parecen tener los ojos puestos en el monarca heredero, y no soy la excepción. El príncipe tiene una belleza indiscutible, pero también una manera tan extraña de dirigirse a la nación que me cuesta conectarme con su discurso, pues luce como si hubiera ensayado sus líneas durante días y parece más una estatua parlante que un soberano agradecido con el reino.

—El rey Magnus no se cansará hasta repetir con nosotros la historia que vivieron nuestros antepasados en la época de Meridoffe y Bartolomeo. La diferencia es que ahora no necesitamos un libertador, sino unión para vencer la violencia de los lacrontters —declara con la mirada puesta en el horizonte.

—Nombre, señor —pregunta el recaudador. Ni siquiera había notado que ya estábamos en primera fila.

—Erick Malhore —responde concentrado.

—Ocupación y cantidad total de miembros de su núcleo familiar —pide sin mirarlo—. Más le vale que no mienta, tenemos los registros.

—Perfumista y cinco personas.

—Serían, entonces, cien tritens.

—¿Disculpe?! Siempre son cincuenta tritens, diez por persona.

—Los impuestos han subido y para ustedes ahora son veinte, así que dispóngase a pagar porque la fila es larga.



De mala gana papá toma su maletín y lo apoya sobre la mesa para sacar los cincuenta tritens adicionales. Sabemos bien que nos irá peor si no cumplimos lo ordenado. Pasa la bolsa de monedas a uno de los recaudadores, quien empieza a contarlos con rapidez y asiente al verificar que está completo.

—Gracias por contribuir a la guerra —dice el segundo hombre y le entrega a papá una insignia circular con nuestro apellido grabado junto a un breve mensaje: «Cumplí con el pago de mis impuestos», que debe ser exhibido en la puerta de cada hogar para registrar a quienes obedecemos la norma y diferenciarnos de los que no.

—Como si tuviera opción —susurra a medida que salimos de la fila.

De repente, los gritos se levantan como olas del mar. Mi padre parece notar algo que mi baja estatura no me permite y en segundos corre hasta un grupo de guardias que llevan a rastras a una mujer.

—Esto es un atropello, ¿por qué le hacen esto? —cuestiona indignado.

—No ha pagado sus impuestos y la ley ordena que quien no lo haga debe ser encarcelado.

—¡Es una anciana, por favor!

Me mezclo entre la multitud que se ha reunido y descubro en el centro del tumulto el rostro de Nahomi, que se ha convertido en una amiga cercana a la familia desde hace algunos años. Vive a unos metros de mi hogar, siempre está sola y parece que su familia la ha abandonado a su suerte. Muchos en Palkareth la repudian, pues es una mujer mayor que no se encuentra del todo cuerda. Lo que ellos no saben es que es la persona más interesante que conozco, a pesar de que la mayoría del tiempo está divagando por las calles sin rumbo fijo y son los vecinos quienes la obligan a regresar a su hogar cuando la noche hace su entrada.

—Si desea que ella quede libre, debe pagar sus impuestos —discute el soldado.

—Son cinco tritens, ¿no? —pregunta papá, rebuscando las últimas monedas en el maletín—. Es una mujer desempleada, por lo tanto, paga menos.



—Son treinta. Ahora es una infractora, así que su delito sextuplica sus impuestos.

—Solamente tengo veintiocho tritens. Tuve que tomar más dinero para completar mis impuestos.

—Son treinta tritens. Si no los tiene, le sugiero que no obstruya el paso.

—Papá, puedo ir a casa por lo que falta —me ofrezco.

—No, no te dejaré ir sola —dice, poniéndome la mano en el hombro para luego volverse al soldado—. Nada más restan dos, déjelo pasar esta vez. ¡¡Es una anciana!! —brama, frustrado—. Estoy pagando por su libertad.

—No le grite a la autoridad —ordena el uniformado—. ¿Acaso no respeta la ley? Queda usted detenido por irrespeto a la autoridad.

—¿Qué?! —El grito me quema la garganta—. ¡No pueden detener a mi padre!

Los hombres lo toman del brazo para guiarlo hasta el resto de los ciudadanos infractores. Si el desacatar una orden sextuplica la pena, no quiero pensar en todo lo que debemos pagar ahora.

Papá intenta pasarme su maletín, pero antes de que nuestras manos se toquen, un guardia me empuja lejos de la escena. Me toma unos segundos mantener el equilibrio tras el tropiezo y, una vez que lo consigo, me embarga la impotencia.

—¿Qué sucede aquí? —una voz firme me detiene cuando estoy a punto de protestar por el maltrato.

Un par de ojos azules se cruzan conmigo, confundidos y hambrientos por saber lo que sucede. Lo reconozco de inmediato: es el príncipe.

—Son solo infractores, alteza —explica uno de los oficiales.

—Eso no es cierto —me atrevo a decir con la valentía y el miedo mezclados—. Mi padre no ha hecho nada. Solo intentaba salvar a una mujer.

—¿Cuál mujer? —pregunta el heredero, mirándome con detenimiento.

—Nuestra amiga, a quien llevaban como a un animal. Intentamos pagar, lo juro.



—Suéltelos —ordena de repente, sin volverse a los soldados—.

A ambos.

Con agilidad, mi padre vuelve a mi lado con la bolsa de tritens en la mano y en poco tiempo nos acompaña Nahomi, quien no cesa de agradecer, y yo también quisiera hacerlo, aunque no sé cómo iniciar siquiera. Estoy demasiado intimidada por la atención recibida de los curiosos que observan la escena en silencio. Tampoco ayuda la presencia del príncipe y su incesante mirada distante que de alguna manera resulta cálida. ¿Será alguna estrategia para parecer agradable ante sus súbditos? Suena como una de esas cosas que les enseñan a los monarcas.

—Emily, ¿a dónde crees que me llevaban? —inquire Nahomi, desconcertada—. Me gusta vivir en Palkareth, no quiero que me lleven a otra ciudad.

—No vas a ningún lado, Naho, solo a casa. —La abrazo para tranquilizarla.

—Esto le pertenece, alteza —comunica mi padre, pasando las monedas a sus manos.

—No es necesario que paguen. —Su voz es neutra, como la de un militar al ser interrogado—. Disculpen las molestias causadas.

Levanto la mirada hacia él, quien aparta la vista cuando nuestros ojos se encuentran.

Cruza las manos detrás de la espalda y camina con elegancia hasta perderse en compañía de un grupo de guardias que lo siguen hasta el otro lado de la plaza. Su mirada intensa no abandona mi mente, y mucho menos el gesto que tuvo con nosotros. Jamás pensé que se tomara la molestia de acercarse para ayudar a los plebeyos. Al menos parece que el reino quedará en buenas manos, pues jamás se ha visto al rey Silas en una acción semejante.

—Fue una mala primera vez —dice Nahomi cuando estamos solas.

—¿Disculpa? —Le acomodo el cabello que se le ha despeinado por el agite.

—El príncipe. Fue una mala primera vez para ustedes, pero no la única.



* * *

Cuando el reloj marca las siete, mi madre golpea la puerta de mi habitación para informarme que los inversionistas han llegado a casa. Liz y Mia se encuentran detrás de ella, impolutas en un vestido café y uno violeta respectivamente que resaltan el tono pálido de nuestra piel.

—No se preocupen, que nada malo pasará —asegura con la sonrisa tierna que me regala desde que tengo memoria.

Me limito a asentir, pese a que por dentro estoy muriendo de nervios de solo pensar que alguno de esos hombres pueda hacer una propuesta que no estoy dispuesta a aceptar.

Bajamos hacia la primera planta, donde la iluminación hace relucir mi vestido crema, bordado con pequeñas margaritas blancas y hojas verdes. Papá ya se encuentra en el comedor conversando con tres hombres. Rodeamos la mesa, tomamos lugar frente a ellos e inmediatamente me invade la sensación de que algo esconden. El cabello canoso del primero me lleva a pensar que tiene unos cincuenta años, las arrugas en su piel me demuestran que ha vivido noches largas y días cortos, la textura robusta de su cuerpo indica que ha tenido el dinero suficiente para disfrutar festines, y por la mirada altiva y mezquina que nos ofrece podría jurar que no compartía esos bufés con nadie. El segundo es mucho más joven, posiblemente pase los veinte; tiene piel trigueña, ojos miel y una postura erguida, cautelosa y vigilante, cual militar. Dirige su atención hacia cada rincón, como si quisiera grabarse con detalle el sitio en el que se encuentra. ¿Acaso hemos dejado entrar a un hombre de la Guardia Negra en nuestra casa? Y, finalmente, el tercero: cabello oscuro y seco, como quien ha pasado mucho tiempo bajo el sol, es el único que sonríe y parece estar cómodo en esta reunión, tiene unos ojos esmeralda que, aunque intentan reflejar buen humor, me resultan bastante escalofrantes.

—Es un placer conocer a todas las mujeres Malhore —saluda el último, observándonos con una mirada oscurecida.



—Buenas noches —respondo, dirigiendo mi atención a todos los presentes.

—Sin duda es una excelente noche. —Escucho comentar al mayor con una sonrisa inquietante—. Estoy seguro de que valió la pena cruzar hasta la frontera enemiga.

Esta cena solo tiene un par de opciones: ser un éxito en el que Liz y yo salgamos sin ninguna propuesta de matrimonio, pero con una inversión segura para el negocio familiar, o un fracaso para alguna de las dos y que nos veamos obligadas a unir nuestra vida con el enemigo para así tener su apoyo económico.

—Ella es mi esposa, Amanda, y estas son mis hijas, Liz, Emily y Mia Malhore —nos presenta papá.

—¿Liz es una abreviación de Elizabeth? —pregunta el joven de ojos miel.

—No, de Lizzie —responde ella. Es evidente que no se siente cómoda, y no es la única.

—Creo que ahora es nuestro turno. Soy Cedric. —Extiende su mano hacia ella—. Él es Percival. —Señala al mayor de los tres.

—Y a mí me pueden llamar «Mercader» —dice el último.

—¿No juzga necesario que conozcamos su nombre si vamos a hacer negocios? —interviene mi padre.

—Sabrán lo necesario, y mi nombre ahora no es urgente.

—Entonces debería empezar a explicarnos su propuesta —dice papá mientras mamá sirve la cena.

—De acuerdo. No está de más decir que soy un importante hombre de negocios en Lacrontte y he querido ampliar el horizonte invirtiendo en otras naciones. ¿Y qué mejor que comenzar con la perfumería más famosa del reino de Mishnock?

—Como familia, agradecemos los cumplidos; no obstante, le pediré que sea más específico.

—Por supuesto. El joven Cedric, quien es su compatriota, nos comentó sobre su fama y creí que con una buena inversión podríamos extender su negocio hasta Lacrontte.



—¿A su rey no le importaría tener una perfumería de un plebeyo del reino enemigo?

—Su majestad Magnus —interviene Percival— no se relaciona mucho con el pueblo, solo le interesa que cumplamos sus leyes y en ninguna se prohíben las alianzas de negocios con Mishnock.

—Entonces hablemos de inversiones.

Mientras tomo la cena, estoy atenta a cada detalle de la conversación y casi me atraganto cuando revelan que la cifra es de tres millones de tritens. Con ese dinero podría comprar al menos diez casas de mi vecindario. De las ganancias de la inversión recibiríamos el treinta por ciento, algo que a papá no le agrada en lo absoluto.

—Estoy ofreciéndole más de lo justo. No olvide que a los lacronters nos encanta el lujo y con eso debo costear el nuevo sitio, empleados y materiales —explica el Mercader—. Me gustaría recibir una respuesta en el menor tiempo posible, porque no imaginan lo difícil que fue venir hasta acá. Los permisos que se necesitan para salir del reino, dado el caos que hay en la frontera por la guerra, se vuelven cada vez más difíciles de conseguir.

—Lo haremos, lo pensaremos como familia —asegura papá, dispuesto a no dejarse presionar—. No tiene que preocuparse.

—Recuerden que las guerras destruyen la economía, y si las cosas siguen así, nadie les prestará atención a sus perfumes. En cambio, los grandes acaudalados de Lacronte no tendrán problema en gastar dinero.

—Parece que intenta manipularnos. Ya le dije que lo pensaremos y les daremos una respuesta pronto.

—Hay algo más —interrumpe Percival, captando la atención de todos—. El joven Cedric nos dijo que este es un negocio familiar.

Las miradas se dirigen al moreno de ojos brillantes, quien solamente se encoge de hombros.

—Soy su voz en Mishnock —dice con naturalidad—, debo mantenerlos informados.

—Así que necesitaría que una Malhore se fuera conmigo a Lacronte para que me enseñe los secretos de la perfumería.



—Mi esposo puede viajar y enseñarle lo necesario —contrapone mi madre.

—Parece que no me hecho entender. Requiero a alguien a mi lado de forma permanente, y creo que la encontré. —Sus ojos se desvían hacia mi hermana, quien baja la cabeza intimidada—. La señorita Liz ha captado mi atención.

—Mis hijas no están buscando un compromiso —dice papá y veo hielo en su mirada.

—Pues deberían; los enfrentamientos se incrementan y pronto las familias no podrán mantenerse. Y, bueno, ustedes tienen tres hijas. En cambio, si Liz está casada con un hombre generoso, como yo, podrá tener una vida privilegiada y aportar a su familia con mi dinero.

—Para eso es el trato, ¿no? —inquieta mi padre—. La sucursal en Lacrontte nos ayudará a sobrellevar la situación aquí.

—Necesito que comprenda el trasfondo de la propuesta. Si no hay compromiso, no habrá negocio. No crea que voy a imponer su monopolio solo por dinero. Necesito un estímulo superior.

—Me pregunto por qué tiene que viajar al reino enemigo para conseguir esposa. ¿Qué reputación tiene en Lacrontte?

—La mejor, y pienso unirme con su hija para extender mi patrimonio y renombre.

—No estamos interesados.

—¡Padre! —mi hermana levanta la voz—. Considero que deberíamos pensarlo. Él tiene razón. La guerra cada día se vuelve más cruda. Yo podría asegurar el futuro para todos. Estoy dispuesta a hacerlo por mi familia.

—Liz, por favor —sentencia entre dientes, casi como una súplica para que se detenga—. Me niego a que siquiera lo consideres.

—No lo juzgo, señor Malhore —expresa el joven Cedric—. Su hija es muy bonita y estoy seguro de que si el Mercader no tuviera pareja invitaría a la segunda en línea.

—La señorita Emily es agraciada. A pesar de ello, mi mente en estos momentos se encuentra ocupada con alguien más —repite él.



—Y entendemos las razones. Su novia es una de las grandes bellezas de Lacrontte —prosigue su compañero—. Y ahora Percival se llevará consigo un encanto de Mishnock.

—Creo que es mejor que demos por terminada esta cena. —Papá se esmera en mantener la compostura sin importar cuán evidente es su molestia.

—Podemos irnos sin una respuesta, pero su perfumería no se podrá mantener sin una buena inversión. El futuro de su familia está en sus manos.

El Mercader es el primero en levantarse del comedor. Ya ha dejado de lado la expresión amistosa con la que nos quería convencer al principio y ahora ha adoptado un gesto serio e irritado. El resto de sus compañeros lo siguen en silencio. Es obvio que están molestos por no haber recibido una respuesta positiva, y se limitan a caminar hacia la puerta precedidos por papá, que ya no es capaz de ocultar su mal humor.

—No soy un hombre paciente. Recuérdelo —avisa el hombre de ojos verdes antes de abandonar la casa.

—Buenas noches —le responde mi padre y cierra la puerta cuando dan la espalda.

Se recuesta en la madera e inhala profundamente, tratando de poner orden a sus emociones. Clava luego la vista en Liz, quien ya lo mira con impaciencia por hablar.

—Es una gran oportunidad —suelta ella primero.

—No tienes que aceptar nada, no es tu obligación sacarnos adelante.

—Eso lo tengo claro, aun así puedo ayudar, y si esa es la única manera que tengo para hacerlo, voy a asumirla. Con todo respeto, padre, ya soy una adulta y puedo tomar mis propias decisiones.

—¡No lo puedo creer, Lizzie Marie Malhore Lanreb! Siempre has sido la más madura de las tres y ¿ahora me sales con esto? ¿Es que acaso tienes deseos de casarte con tanta urgencia?

—Soy mayor y tampoco tengo prospectos.



—Esto es inaudito. ¿Qué tengo que hacer para que te saques esa idea de la cabeza?

Las discusiones me incomodan y más si incluyen a miembros de mi familia. Me angustia, pues siento que cada palabra crea pequeñas grietas en nuestra relación y no puedo hacer nada para repararlas.

—Aceptarlo, porque voy a casarme y con eso los ayudaré. Esa es mi decisión. —Se levanta de la mesa, afligida—. Con su permiso, me retiro a mi habitación.

Se aleja a zancadas, dejándonos a papá, a mamá, a Mía y a mí estupefactos.

—¿Esto es inverosímil! ¿Cómo es que una cena de negocios terminó en una disputa familiar? —discute mi madre—. Que tres hombres hayan acorralado a Liz de esta manera.

—Mia, Emily —papá se dirige a nosotras—, no es un secreto que con cada ataque la economía del reino tambalea y se reduce. Incluso subieron los impuestos, pero no por ello deben verse obligadas a aceptar compromisos por conveniencia. Quiero que cuando alguna se case, lo haga enamorada y no para ayudar a sus padres a salir de algún apuro, ¿entendido? —habla decaído, y mi corazón se vuelve pequeño al escucharlo—. Ese reino solo trae problemas, caos y discordias, así que quiero que ustedes dos se mantengan alejadas de cualquier lacrontter.

—Lo prometo —digo para sanar su agonía—. Ahora creo que es momento de retirarme también.

Subo las escaleras para buscar a mi hermana e intentar persuadirla. Sin importar cuán tenso esté el ambiente, quiero escucharla, entender lo que siente más allá del deber.

—Liz, ¿quieres hablar? —pregunto una vez la alcanzo en su habitación.

—En realidad no hay mucho que decir. Lo hago por todos nosotros. Necesitamos esa inversión para salir adelante.

—Hay otras formas. No te ciegues únicamente por las promesas de un hombre que pretende engañarnos con dinero.



—Mily, ¡basta! —Adopta una actitud seria, ruda y mueve la puerta como si quisiera dejarme fuera—. Ya tomé la decisión.

—De acuerdo. —Cedo al notar su terquedad—. Buenas noches.

El camino de vuelta a mi alcoba es triste. Me preocupa mi hermana, no quiero perderla, no quiero que se vaya al reino enemigo con un hombre al que no ama. Sé que papá se sentirá culpable toda la vida al ver su desdicha, y yo también. ¿Qué puedo hacer? Quiero ayudar, encontrar una solución con la que nadie se tenga que entregar a un lacrontter, con la que nadie deba sacrificarse, pero, por más que me esfuerce, nada me viene a la cabeza.

—Creí que nunca se terminaría la cena. —La voz de Rose me asusta cuando cruzo la puerta de mi cuarto.

A duras penas la distingo en medio de la oscuridad, iluminada escasamente con la luz de la luna que se filtra por la ventana a su espalda. Cuando enciende la lámpara de mi mesa de noche, la veo sentada en mi cama con las piernas cruzadas, atándose el cabello en una coleta alta.

—¿Por mis vestidos! No te esperaba aquí. ¿Cómo entraste?

—Por el patio. Escalé la pared y luego subí hasta tu ventana. ¿Cómo supones que regresaremos? Debes dejarla abierta para que podamos entrar sin hacer mucho ruido.

—En verdad no me termina de convencer esta hazaña. —Enciendo la luz del techo para verla mejor.

—Saldrá todo bien, tampoco es como si fuéramos a matar a alguien.

—Sí, a matar la confianza que papá ha puesto en mí.

—Te juro que no se va a enterar —afirma, mientras camina hacia el espejo para mirarse—. Por cierto, tomé prestados tus pendientes de plata, espero que no te moleste. ¿Me veo bien? ¿Crees que pueda conquistarlo con esto?

—Completamente segura de que no podrá resistirse.

Rose me saca algunos centímetros de estatura, por lo que el atuendo rosa que ha escogido no le cubre del todo las piernas. Me ubico a su lado para detallar mi vestido y le sonrío al espejo tal como



ella lo hace, pero esa expresión no se refleja en mis ojos, la preocupación por la cena no abandona mi cabeza y, aunque trato, no puedo compartir la emoción de mi amiga por la aventura que se aproxima.

—Si este encuentro resulta bien, le pediré a mi hombre que te presente a un militar —dice, apretándome los hombros con euforia.

—¿Tu hombre?

—Debo profetizarlo para que se cumpla. Además, ya es hora de que tengas tu primer novio.

—No estoy interesada.

—Revisa la lista, Emily —pide, refiriéndose al listado de los solteros—. Puede que haya uno que llame tu atención... que no sea el príncipe por supuesto. Ahí ya no tendrás posibilidad, a menos que ocurra un milagro, y aquí en Mishnock hasta el momento no ha pasado ninguno.